

## La colaboración en el corazón del carisma vicentino

Guillermo Campuzano, C.M.  
Representante de la C.M. en la ONU

### Introducción

Desde que llegué a este foro global de la ONU, en octubre del 2015 percibo con claridad la tensión que existe entre las cosmovisiones, los paradigmas y los modelos de mundo que queremos. Esta lucha paradigmática es el contexto en el que podemos ubicar la opción que la familia vicentina ha hecho por la colaboración como estilo relacional, dinamismo teológico/espiritual y manera de actuar en la misión.

Vivimos en una sociedad sometida al predominio de la separación, la fragmentación y la desvinculación<sup>1</sup>, como modo de pensar, de ver las cosas, de ser y de actuar. La convicción de que las cosas y las personas son islas separadas es la característica del paradigma dominante, este es un paradigma destructivo desde el punto de vista antropológico, ecológico y teológico. Pensarnos en clave de colaboración, de vinculación, de comunión, de encuentro, de diálogo, se va haciendo un imperativo de nuestra vocación vicentina y un clamor de la vida en todos los lugares donde existimos. El encuentro y lo relacional en clave de ser y hacer, son hoy una posibilidad de profecía en la línea de la mejor profecía que conocemos. Una profecía que anuncia una manera nueva de ser y una profecía que denuncia que este paradigma de separación destruye la posibilidad de existencia de la humanidad y amenaza la existencia de la vida toda.

La dirección que la ONU ha señalado para la humanidad en los próximos 15 años (Agenda 2030) está determinada por 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS). Debido a que los problemas que en-

---

<sup>1</sup> Presento elementos de análisis que provienen del trabajo de la organización Navdanya Internacional. Para profundizar en el sentido de este paradigma y en las consecuencias que tiene para la humanidad y la tierra, sugiero la lectura del folleto que ellos/as han publicado: TIERRA VIVA, nuestro suelo, nuestros bienes comunes, nuestro futuro. Este documento es el resultado de la confrontación y de las contribuciones de un grupo de trabajo compuesto por expertos, provenientes de diversas disciplinas y países, que se encontraron en Firenze, en enero de 2015.

frentamos son globales y sistémicos, las soluciones deben ser también globales y sistémicas. Esto solo será posible si se genera una ola creciente de colaboración en todos los niveles de la humanidad. Sin colaboración entre las culturas, las razas, las religiones, las naciones, las personas, no habrá una humanidad nueva ni un desarrollo sostenible. Nuestra opción por la colaboración “ad intra” y “ad extra” es pues nuestro propio compromiso con la Agenda de las naciones para una humanidad nueva y sostenible, lo hacemos con plena conciencia de nuestra ciudadanía global. Como familia no queremos y no podemos excluirnos de los foros socio-políticos, académicos, inter-eclesiales, en donde se va marcando la dirección de la historia.

Usaré, para contraponer el paradigma dominante en la cultura de la separación y la fragmentación, el paradigma propuesto por Francisco en la *Laudato Si*, el de la *eco-humanidad*, que es de encuentro, de colaboración, de relación, de inter-dependencia y, por tanto, de solidaridad, de compasión y de misericordia.

La colaboración es una manera concreta de encarnar al Dios Tri-Uno. Decir Dios y colaboración es redundar. La encarnación de la colaboración se le hace necesaria a la familia vicentina, personal y comunitariamente, si es que de verdad queremos estar en la historia de una manera significativa y no simplemente como una fuerza de trabajo aislada<sup>2</sup>, y si en verdad estamos dispuestos a causar el impacto de la esperanza y a abrazar nuestros horizontes de novedad, haciéndonos signos de que lo nuevo es posible: “*Hago nuevas todas las cosas*” (Ap 21, 5; Is 43, 19).

## 1. Desafíos de la colaboración en el contexto paradigmático de la separación

*“De este puñado de tierra depende nuestra vida. Administradla con sabiduría y ella hará crecer nuestro alimento y nuestro abrigo, nos ofrecerá reparo y nos rodeará de belleza. Abusad de ella y ella se deteriorará, morirá, portando consigo la humanidad entera”<sup>3</sup>.*

<sup>2</sup> Joan Crittister, OSB, en su libro *El fuego de estas cenizas, espiritualidad de la Vida Religiosa hoy* (1996), afirma que: “*La vida religiosa nunca tuvo la intención de simplemente ser una fuerza de trabajo en la Iglesia; su verdadera intención fue la de ser una presencia intensa, un paradigma de búsqueda, una signo del alma humana y un catalizador de la conciencia de la sociedad en la que emerge con libertad*”.

<sup>3</sup> De las Escrituras Sánscritas Veda – 1500 a.C.

Por primera vez de la historia en la humanidad nos encontramos que nuestro futuro como especie no está asegurado. Las recurrentes crisis ecológicas, económicas y políticas han puesto en alarma la humanidad. Catástrofes climáticas, hambre, pobreza, desocupación, criminalidad, conflictos y guerras, parecen empujarnos hacia el colapso final: “La creación gime con dolores de parto” (Rm 8, 21-22). Algunos empezamos a preguntarnos si estos dolores y gemidos que se van multiplicando por doquier son el anuncio de la vida (parto) o, por el contrario, son el anuncio de la muerte que se acerca inexorablemente.

El papa Francisco en la encíclica *Laudato Si* nos hace notar algunas consecuencias del paradigma de separación. Hay una coincidencia profunda entre la percepción profética del Papa y lo que los expertos nos han venido presentando como consecuencias que alarman y que no deben dejarnos indiferentes:

- ✓ La desintegración del mundo natural por la superación de los límites del planeta y del crecimiento exponencial de la huella ecológica;
- ✓ La desintegración del mundo, la ruptura del tejido social que produce la crisis de coexistencia, crisis antropológica con consecuencias devastadoras que se van vislumbrando con mayor claridad;
- ✓ La desaparición de la democracia –multiplicación de los estados fallidos-, crisis política, vacío institucional;
- ✓ La primacía del bien individual sobre el bien común y el irrespeto ideológico y pragmático a la dignidad humana y a la dignidad de toda vida;
- ✓ El crecimiento de las desigualdades individuales, estructurales y nacionales;
- ✓ El surgimiento de nuevos conflictos y nuevas formas de violencia;
- ✓ La multiplicación de las hambrunas, las guerras y de los efectos catastróficos del cambio climático que hacen que millones de niños, mujeres y hombres caminen por el mundo como refugiados o como migrantes, en busca de espacios de supervivencia;
- ✓ El tráfico humano, de armas y de drogas, y las nuevas esclavitudes.

En esta cosmovisión, “*lo otro no existe: tal es la fe racional, la incurable creencia de la razón humana*”<sup>4</sup>. Mi identidad es igual a la realidad total, “*como si todo hubiera de ser, absoluta y necesariamente, uno y lo mismo: Yo*”.

Pero sabemos que lo otro (pobre, laico, mujer, sociedad civil, minorías) no se deja eliminar, subsiste, persiste, se resiste. La Familia Vicentina tiene un especial protagonismo en este resistirse a la eliminación de la “otredad”, de lo diverso, de lo pequeño, de lo aparentemente insignificante, porque la Familia Vicentina por vocación –está en sus orígenes conductuales- es profética y el profetismo se resiste a la uniformidad, a la masificación, a la exclusión. “*El otro es lo esencial, heterogeneidad del ser*”. La otredad es una incurable enfermedad que padece lo uno, lo otro, el otro, la otra; es como una enfermedad gozosa. La crisis estructural de las religiones, incluida la Iglesia Católica, es también una consecuencia de todo lo anterior.

San Vicente se resiste serenamente a lo establecido y de una manera eficaz empieza una revolución eclesial que aún no ha alcanzado su pico: la revolución de la colaboración, la del laicado, la del pobre, la de lo femenino en la Iglesia.

En este contexto la familia vicentina tiene una misión específica, ser un referente de lo que significa el despertar espiritual y ser un signo conductual y relacional –en permanente colaboración- que ayude a ver la salida. Una nueva manera de estar en la historia, de creer, de relacionarnos y de actuar, es posible. ¿Es la Familia Vicentina un signo de esa novedad? ¿Cómo es la colaboración esencial a esa novedad que queremos?

La Familia Vicentina ha estado, está y estará siempre en las encrucijadas de la historia, porque ella es “pro-cultural”. La Familia Vicentina promueve y defiende la cultura de la vida, de la paz, de la justicia, de la solidaridad y también de la colaboración. La familia vicentina quiere ser semilla, levadura, fermento de una nueva cultura en la que la vida es posible, donde no se duda de la dignidad de nadie, sino que se le promueve. Como familia carismática estamos del lado de la vida misericordiosamente porque estamos del lado del Dios de la misericordia, la fuente de donde viene la vida misma.

La Familia Vicentina sabe que en todo gemido Dios se está comunicando, y por eso ningún grito le es ajeno, tampoco el grito de las

---

<sup>4</sup> Octavio Paz cita a Antonio Machado en la introducción a su libro “*El Laberinto de la Soledad*”. Penguin Books, 1997.

nuevas esclavitudes de la humanidad y de la tierra.<sup>5</sup> Puesta al lado del sufrimiento, todo sufrimiento, la familia vicentina le grita a Dios –su absoluto– que le ama hasta el testimonio radical, haciéndole presente allí donde la humanidad reclama con insistencia: ¿Dónde está Dios? Y desde allí mismo le grita a la humanidad empobrecida –su otra pasión–, poniéndose a su lado, que Dios no ha abandonado la obra de sus manos<sup>6</sup>.

Frente a la “impotencia” de Dios la Familia Vicentina experimenta una oportunidad de echarse sobre las espaldas la tarea humana de hacerse cargo del dolor de Dios en el mundo, el dolor de la humanidad y el dolor de la tierra, los dos lugares de nuestra casa común. Este es un auténtico profetismo, experiencia de colaboración y co-responsabilidad que debe nacer dentro de nuestras vidas y brotar naturalmente de nuestras relaciones interpersonales, en las pequeñas comunidades donde hacemos espiritualidad, fraternidad/solidaridad y misión. La colaboración debe hacernos cotidiana en nuestra vida fraterna/sororal, y en nuestra espiritualidad para que sea natural y no la tengamos que programar cuando decidamos caminar al lado de la humanidad en su camino de liberación.

Percibimos hoy signos inequívocos de la crisis paradigmática también dentro de nuestra familia. El Papa Francisco ha sido especialmente claro cuando nos habla de estos signos. Resuenan en mi corazón las palabras que dirigió a la vida consagrada mexicana en Morelia: “No se resignen”. No podemos ser una comunidad eclesial resignada, una familia que deja de caminar y de buscar frente a un paradigma de existencia que parece agotar los espacios del evangelio y que arrincona a la persona en la tiranía del narcisismo y del aislamiento. Existe, explica el Papa, una “tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien”<sup>7</sup>. Se agota el espacio de la cola-

<sup>5</sup> Encuentro de las Hijas de la Caridad sobre nuevas esclavitudes - México 2016

<sup>6</sup> *Al respecto, podemos releer el Catecismo de la Iglesia Católica: “Amas a todos los seres y nada de lo que hiciste aborreces, pues, si algo odiases, no lo hubieras creado. Y ¿cómo podría subsistir cosa que no hubieses querido? ¿Cómo se conservaría si no la hubieses llamado? Mas tú todo lo perdonas porque todo es tuyo, Señor que amas la vida (Sb 11, 24-26)” (293-314).*

<sup>7</sup> EG (2).

boración, que es una experiencia relacional, ya que “*solo existe una conciencia aislada y auto-referencial*”<sup>8</sup>.

Estos son algunos de los síntomas/signos del paradigma de separación; son también al mismo tiempo gemido, grito, que viene desde dentro de nuestra identidad y de nuestra misión... Encarnar la llamada a la colaboración en todo lo que somos y hacemos es también saber oír nuestros propios gemidos:

- ✓ Auto-referencialidad – Mundanidad
- ✓ Aislamiento: soledad tóxica – Vida doble
- ✓ Desconexión básica de la realidad
- ✓ Monotonía relacional, espiritual y misionera – Ritualismo
- ✓ Insignificancia y sensación de vacío de existencia que producen angustia existencial y desconcierto vocacional
- ✓ Desintegración comunitaria: la comunidad como lugar a donde llegan todos los problemas personales
- ✓ Falta de pasión y de celo por el carisma en su relación con el Reino
- ✓ Endiosamiento de las estructuras - Activismo compulsivo. Se va haciendo típica una experiencia humana sólo preocupada por la duración cronológica de la vida y no por su intensidad<sup>9</sup>.
- ✓ Pérdida del sentido y del significado de la pertenencia. La incapacidad de construir sentido-dirección juntos. Se multiplican los miembros de nuestra familia vicentina que no se sienten en casa entre nosotros.

Aquí, en este paradigma de separación y fragmentación, es donde el Dios Tri-Uno nos pone una cita hoy: “*La creatividad-novedad en la experiencia del Dios Tri-Uno descrita en la Escritura radica en su relación con la realidad*”. “*La realidad es una manera en que Dios se comunica con nosotros. Dios sale al encuentro de lo humano a través de la realidad*”. Nuestra capacidad de novedad y de recrearnos se agota cuando nos distanciamos o ignoramos esta realidad en la que vivimos.<sup>10</sup>

<sup>8</sup> Ibid (8).

<sup>9</sup> Santiago nos recuerda que la Vida humana es una nubecilla que aparece en la mañana y se desvanece en la tarde... (Cf. Sant 4,14).

<sup>10</sup> Jesús alertó a la gente de su generación acerca de su incapacidad para entender la historia en que vivían y les decía: “*Cuando ven una nube que se levanta en el occidente, al momento dicen: ‘Va a llover’, y así sucede. Y cuando sopla el sur, dicen: ‘Viene bochorno’, y así sucede. ¡Hipócritas!, saben explorar el aspecto de la tierra y del cielo, ¿cómo no exploran, pues, este tiempo?’*” (Lc 12, 54-59).

Esta historia, fundada en el paradigma de la separación, nos obligó como a mirar de nuevo hacia la Trinidad y a repensarnos desde la teología del encuentro y la colaboración, y a dimensionar todo -identidad y misión- en clave relacional. La elección de este año como el año de la colaboración vicentina es una respuesta teológico-espiritual a esta urgencia de nuestra vocación común. En este contexto, la colaboración, que es capaz de humanizar/teologizar lo relacional, la misión y la vida en comunidad en toda dirección, no deja de llamarnos desde un futuro germinal posible.

## 2. La colaboración es un elemento propio/original del carisma

Si asumimos que Dios nos ha dado una cita en los caminos de la humanidad y de la tierra, ambas amenazadas por el paradigma de existencia desde el que los humanos hemos decidido vivir, significa que creer y revelar para nosotros, pasa necesariamente por una conversión cultural y paradigmática. El papa Francisco ha hablado de una doble conversión en sus dos encíclicas: la conversión pastoral, la de nuestro *hacer*<sup>11</sup>; la conversión ecológica, de nuestro *ser*<sup>12</sup>. Esta doble conversión tiene un lugar común, la conversión a lo relacional, la conversión a la comunión. La colaboración es una manera cómo esta conversión encuentra una forma concreta de realización.

La Familia Vicentina ha de convertirse a la comunión/colaboración que brota de la Trinidad. La Buena Noticia del Dios comunión (relación) trinitaria solamente podrá ser proclamada desde nosotros en la medida en que se propicien experiencias humanas en la familia vicentina y en la Iglesia, aferradas al propósito de que es posible relacionarse comunionalmente con todo lo que existe. La comunión es nuestro primer reto revelacional. Sabemos que es posible reconciliarse cuando la comunión se rompe. Entendemos además que los conflictos *intra* y *extra* comunitarios no rompen la comunión/colaboración sino que la dinamizan. Lo que rompe la comunión/colaboración es lo que hacemos con los conflictos cuando nos resentimos, nos silenciamos agresivamente, nos aislamos, nos entristecemos sin esperanza, o hacemos de la venganza la respuesta a la insatisfacción emocional... En ese momento nos hacemos incapaces de la colaboración en misión y vida, que concretiza y visibiliza todo lo que nosotros llamamos comunión.

<sup>11</sup> Cf. EG (25-33).

<sup>12</sup> Cf. LS (1-16).

Nuestro Carisma es uno de esos carismas que nació de colaboraciones significativas. La relación de colaboración entre Luisa y Vicente, entre las tres primeras ramas de la familia (cofradías, misioneros e Hijas de la Caridad); la colaboración con el clero diocesano y con otras Congregaciones, con la corte, con los poderes políticos y económicos de la Francia del siglo XVII... , todas estas colaboraciones se le hicieron naturales a San Vicente en el desarrollo progresivo del carisma recibido del Espíritu.

En nuestro carisma la **colaboración** es un dinamismo de asociación espiritual y misionero, efectivo y afectivo. Este dinamismo desapareció en algunos periodos de nuestra historia. Hoy la colaboración está de vuelta y ayuda eficazmente a construir la Familia Vicentina impulsando redes locales, nacionales, continentales, globales, que inclusive nos conectan más allá de nosotros con una gran diversidad de personas y organizaciones de buena voluntad, siempre buscando dinamizar la vivencia y encarnación nuestro carisma. La finalidad intrínseca de la colaboración es el servicio de la misión común: *“vayan y díganle a los pobres que el reino de Dios está cerca”*. Este anuncio lo hacemos hoy también conductualmente cuando nos convertimos en un signo común de que otro mundo es posible. ¡La colaboración, por y con los pobres, es uno de los signos que mantiene viva la esperanza de los excluidos de la tierra!

Como familia somos un cuerpo llamado a ser evangelio vivo: ¡buena noticia! Así como Jesús lo pidió a sus apóstoles, también nos lo pide a nosotros, familia vicentina en el corazón de la Iglesia, *“Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado... yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que yo los he amado a ellos como tú me has amado a mí”* (Jn 17, 21-23). La colaboración está al servicio de la comunión y la comunión es la mejor manera de la misión como lo pide Jesús en el evangelio y como lo entendió Vicente de Paúl.

Así como al comienzo del carisma, hace 400 años, la colaboración puede ser hoy un elemento central que teje comunidad y redes de múltiples formas y en diversos niveles; que dinamiza la vida y que, de una manera natural, invita a otros/as a unirse a este proyecto relevante de construir una sociedad más justa e igualitaria donde haya espacio para todos. La colaboración es un elemento que nos es propio y que hace parte de ese legado de permanente novedad que se transforma de una manera creativa y que se hace más urgente en tiempos de globalización.



Al detenernos para reflexionar en la colaboración en nuestra familia vicentina no podemos pasar de largo la importancia capital de la formación de todos/as para que ésta sea sostenible y para que se propague hasta convertirse en la manera que somos y hacemos todo. Hay que seguir creciendo en una oferta de calidad de la formación vicentina, especialmente de nuestros laicos y laicas. En este sentido, parece especialmente importante la promoción de la vida comunitaria laical vicentina, pues ésta es un apoyo indispensable para la animación y el sostenimiento de la vida vicentina entre los laicos en tiempos con nuevas invitaciones sociológicas y teológicas de encuentro y de relación. Hay que atender a programas de formación conjunta, que entreguen herramientas para desarrollar relaciones y modos de trabajo colaborativos, atendiendo al establecimiento de condiciones adecuadas para ello. Hay que identificar y acoger la riqueza de la **formación laical profesional**, para integrarla a los procesos de servicio de nuestra misión común.

### 3. Elementos de fundamentación

La *colaboración en la misión común* (*Missio Dei*) tiene su fuente en la Trinidad, que es un Dios-Colaboración-Misión. En efecto, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo constituyen una plena Unidad en permanente colaboración (*Pericoreis*). En la obra *ad extra* de su Amor creativo y salvador, colaboran uno con otro saliendo permanentemente de sí. “*Mi padre trabaja hasta ahora, y yo también trabajo*” (Juan 5, 17). Este Dios-Colaboración-Misión llama e invita a trabajar con Él. “Dios está presente en las tinieblas de la vida decidido a hacer nuevas todas las cosas. Y necesita colaboradores en esta empresa”, ‘vengan también ustedes a trabajar en mi vina’ (Mateo 20, 1-16). La colaboración a la que invita Dios es como un río de aguas fecundas y toda persona está convocada a sumergirse en su dinamismo. Toda persona, en cuanto creatura, es colaboradora en la obra creadora y de redención. El mundo entero es tierra de colaboración y toda persona es agente de este dinamismo.

Desde la teología cristiana, la raíz del dinamismo de la colaboración es bautismal. Así lo ha destacado el Concilio Vaticano II, al poner de relieve la común misión de todos los miembros del Pueblo de Dios. Cada bautizado es colaborador de la misión de Jesucristo. Así también lo ha recogido la Iglesia Latinoamericana y del Caribe, al insistir en que todo bautizado es un discípulo misionero en una Iglesia de comunión y participación. En virtud del mismo vigor bautismal, la colabo-

ración se extiende más allá de las fronteras visibles de la Iglesia, hacia otros cristianos, hacia creyentes de otras religiones y hacia toda persona de buena voluntad. Nos sentimos llamados a colaborar ampliamente, más allá de nuestros pequeños mundos y en sintonía plena con la humanidad y con la tierra que son nuestra “casa común”, como lo ha señalado el Papa Francisco en la *Laudato Si*.

Constatamos que la gracia de la colaboración se está volviendo a derramar crecientemente en la Familia Vicentina. Los cristianos vicentinos tratamos de integrarnos creativamente al servicio del carisma común. La identidad vicentina está determinada por tres factores esenciales en los orígenes mismos del carisma: en primer lugar, por una experiencia personal de Jesucristo y del Reino; en segundo término, por la pertenencia a la comunidad eclesial en el seno de la familia vicentina, en alguna de sus ramas; por último, por la orientación de la propia vida al servicio de los pobres en las muchas formas en que hoy lo entendemos: contacto directo con el pobre, servicio de la caridad con los pobres que están en situaciones límite, desarrollo de proyectos de cambio sistémico y participación directa en la concreción de políticas públicas que favorezcan y defiendan los derechos de los más excluidos. El cristiano vicentino es enviado a amar aquello que Dios mismo ama: el pobre es el sujeto absoluto y original de nuestro carisma, servimos al/con el pobre en el seguimiento de Jesús, lo hacemos en comunidad y desde el dinamismo de la colaboración.

Laicado, protagonismo femenino, colaboración “*ad intra*” y “*ad extra*”, nuevas formas de consagración, resignificación de los votos, reforma eclesial, etc. son horizontes de novedad para muchos carismas en la iglesia hoy, pero no para nosotros. El carisma vicentino nació con un grupo de laicas en 1617. Ese dato no es accidental y dice mucho de lo que estamos llamados a ser y hacer en tiempos complejos como lo nuestros.

#### 4. Colaboración en diversidad

“*Del mismo modo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros, aun siendo muchos, forman un solo cuerpo, así también Cristo. Todos nosotros, ya seamos judíos o griegos, esclavos o libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un mismo Cuerpo*” (1Cor 12, 12-13).

El carisma vicentino es diverso en su ser mismo. A este carisma han sido asociadas personas de toda cultura, raza, edad, género, estilo

de vida cristiano, etc. Cuando la Iglesia, y en ella la familia vicentina, se olvida de la fuente de donde nació —la comunión de las tres divinas/diversas personas—, deja que su unidad se transforme en uniformidad; que un grupo de fieles asuma, él solo, todas las responsabilidades, poniendo trabas a la participación de los demás —clericalismo—; dejar que los intereses confesionales predominen sobre los intereses del Reino —etnocentrismo—; correr el riesgo de que el arroyo de aguas cristalinas se convierta en un charco de aguas estancadas —inercia pastoral y teológica... Es preciso convertirse a la Trinidad, para recuperar la diversidad y la comunión, que crea la unidad dinámica y siempre abierta a nuevos enriquecimientos<sup>7</sup> y a la participación y colaboración en toda dirección.<sup>13</sup>

La colaboración es una oportunidad para des-clericalizar la Iglesia, para ayudarla a convertirse a la humildad de Dios desde el sentido creciente de minoría y diversidad en un mundo plural, y para dinamizar el cuerpo eclesial todo desde la vida y misión de los cristianos que, por tanto tiempo fueron forzados al anonimato bautismal.

Los fieles de hoy son más conscientes y sensibles a los espacios de diversidad, comunión y participación en la Iglesia. Por ejemplo, el laicado al que nos referimos hoy al hablar de colaboración, no es siempre el mismo que ayer. Este es un laicado consciente de que también él, como el consagrado o el sacerdote, está, por su misma condición de bautizado, llamado a la santidad, a la perfección y al apostolado; a ejercer en la Iglesia y en la sociedad un papel mucho más activo y responsable que antes; papel que la Conferencia del Episcopado Latinoamericano, reunida en Sto. Domingo, calificó de protagónico.

Respetar la identidad de cada grupo, de cada individuo, de cada vocación es esencial en una colaboración que construye comunión y que genera participación. Partimos del hecho que todos los miembros de la Familia Vicentina, más allá de su estilo de vida al interior de la Iglesia y de todos los demás factores de diversidad, tenemos fundamentalmente una misma vocación y misión, en la Iglesia y en el mundo. Lo que difiere es el modo propio de cada uno de vivir y desempeñar esa común vocación y misión. No hay superiores o inferiores, sino una misma inspiración y base común que nos unen y una diversidad que nos complementa y enriquece.

---

<sup>13</sup> Este párrafo, extraído del libro de Leonardo Boff *La Trinidad es la mejor Comunidad*, lo he adaptado para leerlo en clave de Familia Vicentina y de colaboración.

En el presente, sin embargo, en muchos casos la colaboración no es recíproca, sino que se siguen dando casos en los que la colaboración se da en una sola dirección. Se trata de los laicos que colaboran con los consagrados o con los clérigos dentro de la familia vicentina, en una posición subordinada y en obras que son de propiedad y responsabilidad de los primeros. Las relaciones, aunque respetuosas, son con frecuencia las de patrón y empleado. Aún fuera de las obras de la Congregación de la Misión, los vicentinos estamos aún más acostumbrados a “dar” y enseñar, que a “recibir” y aprender. La reciprocidad y la subsidiariedad entre iguales están lejos de la práctica de la Familia Vicentina y aún tenemos un largo camino por recorrer. Estas formas caducas contribuyen a crear en los miembros de la familia modos de pensar y actuar, actitudes y comportamientos, que hoy deben ser superados, para que la colaboración entre clérigos, consagrados y laicos dentro de la familia se pueda dar y desarrollar sobre nuevas bases, en un espíritu de mutua estima, confianza, reciprocidad, mutualidad, subsidiariedad y respeto. Todos estos elementos los podemos encontrar en la Trinidad desde la cual nos podemos leer –*Imago Dei*.

El fundamento de una colaboración real está en encontrar el sentido de nuestras vidas a partir de nuestra diversidad y desde una comunión hecha vida, desde la conquista de la ansiada ‘otredad’ que por tanto tiempo hemos confundido con negación del otro, rechazo, opresión, guerra y discriminación.

### A manera de conclusión

*“Los oprimidos han de buscar su humanidad despojada para lograr la gran tarea humanista e histórica: liberarse a sí mismos y liberar a los opresores que viven en ellos mismos una distorsión que los deshumaniza también.”* Paulo Freire

Dejemos ya de trabajar por los pobres, trabajemos con y desde ellos y en verdad dejemos que nos evangelicen, que nos humanicen, que nos liberen. El problema de la pobreza-exclusión es además de estructural un conflicto de sensibilidad y de visión que padecemos inclusive los que decimos estar de su parte por opción o por vocación. Esta exclusión es especialmente problemática cuando a los pobres se les excluye de los niveles de decisión, colaboración y ejecución de asuntos que tienen que ver con su liberación integral y con la construcción de una sociedad global justa e igualitaria.

*Tenemos la opción de* responder al problema de la exclusión desde su concepción, pero sobre todo, desde una acción nueva en la que los pobres hagan parte del proceso de discernimiento, decisión, ejecución y colaboración en todos los niveles que se refieren a su realidad y a las aspiraciones de un mundo nuevo. Atrevámonos a colaborar con los pobres y dejemos que esta colaboración se convierta en un signo para una sociedad que continúa excluyéndolos en todos los niveles de la vida.

A lo largo de mi vida he participado en tantos foros en los que el tema permanente ha sido los pobres y la pobreza. Los 33 años de vida en la Congregación de la Misión me han dado la oportunidad (gracia) de estar siempre dedicado, de una o de otra manera, a discernir, decidir o actuar en favor de los pobres de la tierra. Podría decir que no se hacer nada más... y que de ninguna manera me siento un experto en este asunto tampoco. Hoy en mi vida me desafía esta nueva presencia en las Naciones Unidas, esta vez en nombre de la familia y en colaboración con las otras ramas de la familia que hacen presencia permanente en Nueva York o en Ginebra.

Desde aquí encuentro que la colaboración es una urgencia. Qué estamos aquí por responsabilidad y que deseamos contribuir, desde lo pequeño, a la construcción de la utopía de una sociedad nueva, pacificada, libre, justa e igualitaria. Creo que nada de esto será posible si los pobres no son invitados a la mesa global (ONU), a las mesas nacionales y a nuestra propia mesa, la mesa de la Iglesia y la mesa de la Familia Vicentina... Cuando ellos se sienten a nuestro lado y dejen de ser una parte del menú, entonces podremos escuchar, en sus corazones y de sus propias voces, sus necesidades, sus aspiraciones y los caminos de salida para sus dramas y para los nuestros... los de la humanidad. Los pobres tienen un potencial extraordinario para mostrarnos la salida antes de que sea tarde. Estar a su lado en colaboración permanente es para nosotros permanecer fieles a la insinuación del espíritu en el corazón de los fundadores y las fundadoras.